

## ART AND BEAUTY, 1750- 2000

Elizabeth Prettejohn, Oxford University Press, Oxford, 2005; pp. 224; 127 láms. ISBN 0-19-280160-0.

Desde el nacimiento de la Estética como disciplina, a mediados del siglo XVIII, los discursos sobre la belleza han generado un amplio debate. Primero desde el campo de la filosofía y poco después desde los sectores más próximos al mundo del arte, se ha tratado de acotar el ámbito de lo bello, enfocándolo siempre desde la vertiente humana de la experiencia estética. Contemporáneamente al nacimiento de este campo, se produjo el de la Historia del Arte, centrada en el estudio de aquellos objetos que las distintas culturas tradicionalmente han denominado "arte". Desde entonces, ambas disciplinas han corrido en paralelo, a pesar de sus múltiples nexos de unión. Con el propósito de acabar con esta asumida incoherencia, Elizabeth Prettejohn, profesora en la Universidad de Plymouth y especialista en arte victoriano y francés de la segunda mitad del XIX, ha escrito *Art and Beauty*, un análisis conjunto de las teorías surgidas desde 1750, y su praxis. Para ello, yuxtapone los distintos conceptos de belleza que han ido surgiendo en este periodo de tiempo, a obras de arte coetáneas. De este modo, la autora quiere dar respuesta a preguntas como: ¿cómo han respondido los artistas a las especulaciones sobre la belleza?, ¿qué obras de arte han sido denominadas bellas y por qué? o ¿qué queremos decir de las obras cuando las consideramos bellas, en lugar de resaltar en ellas su utilidad, capacidad informativa, moralidad o militancia política? La finalidad última de la investigadora inglesa es proponer unas bases para la recuperación de la belleza como valor artístico.

En los últimos treinta años, la crítica ha desplazado el concepto de belleza, para primar otros como el activismo político o la reivindicación de los derechos humanos, haciendo del

arte un vehículo de denuncia de los problemas sociales de estas tres décadas. A comienzos del siglo XX, la belleza, fue excluida de la vanguardia y dotada de un componente negativo y frívolo, como vía de escape a los sinsabores de la realidad, y como símbolo de las clases acomodadas. Esta valoración supuso un lastre que en los años ochenta, coincidiendo con el auge de la postmodernidad, derivó en teorías antiestéticas. Desde la década de los noventa, algunos críticos, historiadores y galeristas, han comenzado a reaccionar contra los teóricos postmodernos, reclamando el regreso de la belleza y tratando de reabrir un debate que permita hallar algunas vías que generen un nuevo periodo cultural. Ante el temor de que la reapertura de la controversia se realice desde el mismo punto que acabó marginándola, Elizabeth Prettejohn defiende la existencia de caminos más modernos y sofisticados para reflexionar acerca de la belleza, sin olvidar la validez de los escritos de filósofos, teóricos del arte, críticos y artistas que han tratado la cuestión desde 1750. Según la historiadora del arte, el sentido actual de la belleza depende de esta tradición, pero la discusión debe continuar su recorrido desde planteamientos que se adapten a los modernos códigos deontológicos.

Para ilustrar su punto de vista, en este ensayo trata de profundizar en cuatro periodos en los que se abordaron problemas relacionados con la estética, que todavía están vigentes hoy en día. De este modo, propone al lector un viaje que se inicia en la segunda mitad del siglo XVIII, con las teorías de Kant y Winckelmann, llegando hasta las reflexiones de Roger Fry y Clement Greenberg, y su influencia sobre el pensamiento de destacados artistas del siglo XX. Los motivos por los que elige a los dos primeros son

obvios, pues sus escritos contienen las sólidas bases de la Estética moderna y de la Historia del Arte. Para Prettejohn, el *Juicio del Gusto* de Kant ha estado en vigor, en mayor o menor medida, hasta la actualidad, funcionando de catalizador del arte contemporáneo. La ausencia de restricciones del filósofo sobre qué objeto es bello o cuáles son sus propiedades, o su total desinterés por el proceso creativo en favor del resultado final, abrieron las puertas a las espontaneidad, materializada en movimientos como el Impresionismo o el Expresionismo Abstracto, permitieron la presencia de los mundos oníricos en el Simbolismo, y dieron cabida a los *objects trouvés* del Cubismo, los *ready mades* de Duchamp o al automatismo. Asimismo, la "intencionalidad" de la que habla Kant, derivó en la creación de la imagen del genio, que provocó una dura reacción por parte de algunos artistas contra el aprendizaje académico. Por su parte, Winckelmann propuso nuevos cánones de belleza, el *Laocoonte* y el *Apolo del Belvedere*, e inició el camino de la creación artística a partir de una revisión del arte y los valores del pasado desde una perspectiva moderna.

Las nuevas vías abiertas por Kant y Winckelmann fueron empapando lentamente el pensamiento europeo del siglo XIX. En la Francia decimonónica, la belleza fue la piedra angular de escritos procedentes de los ámbitos político, moral, religioso y artístico. Los escritos de Flaminio Piccoli, Stäel, Cousin y Baudelaire fueron fundamentalmente para consolidar la teoría de la belleza ideal, la defensa de la existencia de dos tipos de belleza, una intelectual y otra moral, o una de las teorías más influyentes en el arte contemporáneo, aquella que defiende la autonomía del arte. Asimismo, la autora analiza la evolución del pensamiento estético en la Inglaterra victoriana. Parte de obras de arte destacadas con el fin de desgranar unos postulados artísticos que se originan en un marco cronológico y espacial muy concretos, pero que tuvieron una gran influencia en el arte posterior. Prettejohn selecciona los escritos sobre estética de Ruskin, y las obras de Rossetti, Whistler, Burne-Jones y Leighton, principales representantes del arte inglés de la segunda mitad del siglo XIX, para analizar el tipo de belleza que proponen, su origen y su proyección. Finalmen-

te la autora se aproxima a las teorías de los críticos más destacados e influyentes de la primera mitad del siglo XX, Roger Fry y Clement Greenberg. Lo que más le interesa de este apartado, es poner de manifiesto cómo los prejuicios contra la belleza, surgidos en esta centuria, han sido deliberados y potenciados desde determinados sectores intelectuales. Un origen pretencioso, que ha favorecido que desde los años noventa la legitimidad de las teorías contra la belleza se esté poniendo en tela de juicio. En el epílogo, la autora retoma la idea que ha impulsado este ensayo, a fin de reafirmar su apuesta por la revisión del pasado como punto de partida del debate estético.

Mientras los teóricos de la postmodernidad desechaban la belleza por tratarse de un valor obsoleto, propio de un tiempo pasado, y sin cabida en el agitado mundo del siglo XX, los artistas que comenzaron a despuntar en los años ochenta, basaban sus obras en una revisión personal del arte previo, filtrándolo y adaptándolo a sus nuevas necesidades e inquietudes. En los ejemplos escogidos por Prettejohn para ilustrar el epílogo, vemos cómo la Antigüedad sigue siendo un referente válido para artistas de primer orden, capaces de crear obras de gran belleza. A pesar de dejar de ser un valor en alza, el debate estético no ha desaparecido en estas décadas, sino que, expulsada del ámbito de las Bellas Artes, la Belleza ha buscado refugio en disciplinas más actuales como el cine, la moda o el deporte. En el siglo XX ya no son las academias ni los artistas los que dictan los cánones de belleza, sino que son los estilistas y diseñadores quienes lanzan nuevas propuestas que son recogidas y discutidas por la prensa repercutiendo, a veces brutalmente, sobre el espectro social. Teniendo en cuenta esta realidad, la situación de recuperación del debate estético en el ámbito artístico no resulta tan dramático como sugiere, en ocasiones, la autora. Únicamente se trataría de buscar un lugar específico para la Belleza dentro del mundo de las artes, adaptado a las nuevas tendencias y necesidades de los creadores.

La iniciativa de Elisabeth Prettejohn se une a reflexiones como las recogidas por Dave Hickey en *The Invisible Dragon: Four Essays on Beauty* (1993), ensayos como *The Trouble with Beauty*

de Steiner (2001), iniciativas controvertidas como la del catedrático de neurociencia y psicología Rachamandran, que propuso una explicación científica para los principios del arte y la belleza, o plurales revisiones históricas como la recientemente *Historia de la Belleza* escrita por Umberto Eco. La vía escogida por esta historiadora del arte inglesa para ilustrar una metodología que reanime el debate genera, sin embargo, una dicotomía dentro de los contenidos de su trabajo. Prettejohn propone ejemplos de cómo operar con el pensamiento estético a la vez que aplica una metodología que liga las teorías que han dado forma a las obras de arte, a ejemplos muy escogidos. El carácter restrictivo de la elección de dichos ejemplos, impide que el libro sirva como manual para el arte comprendido entre el 1750 y el 2000, pero sí permite al lector entender las obras de arte a la luz de las ideas que han ido modelando los gustos y las inquietudes de los artistas occidentales de este periodo. El carácter general que mueve a la autora contrasta con la visión restrictiva a la hora de elegir los ejemplos a emplear, y tal vez éste

sea su principal error a la hora de proponer la reapertura, o el encauzamiento del debate en torno a la belleza. En la era digital y de la globalización, el arte, como la mayoría de los ámbitos de nuestra cultura, conoce cada vez menos fronteras. En un momento en que los artistas viajan a otros países, buscan e indagan en nuevas culturas, exponen y trabajan en las antípodas de sus lugares de origen, cada vez tiene menos sentido el proponer una visión monocorde y marcada por la cultura occidental que, por otro lado, atraviesa horas bajas. Buscar una nueva metodología es siempre un reto admirable y, como señala la propia autora, este trabajo es una "experiencia piloto", un preámbulo que será ampliado en una futura publicación que, ante lo perfilado en el epílogo, sin duda será más exhaustiva y atrevida. Hasta el momento, *Art and Beauty* servirá para abrir boca.

Paula Pita Galán

Universidade de Santiago de Compostela